

desarrolle de un modo impetuoso: solo la civilización es la que enseña al hombre el ejercicio de las cualidades morales. La profesión de las armas, que inspira algunas virtudes, no es por cierto buena maestra de temperancia: Sainte-Palaye tiene por último que confesar que los caballeros no eran muy recomendables por la rigidez de costumbres.

De la sociedad romana y de la sociedad bárbara resultó una duplicada corrupción; fácil era distinguir los vicios peculiares de la una y la otra, así como se distinguen en su confluencia los raudales de los ríos que se unen. La rapiña, la crueldad, la ignorancia y la sensualidad animal, pertenecían á los francos; la bajeza, la cobardía, la astucia, la torpeza del ánimo y la disolución refinada eran, propias de los romanos.

No se entienda que semejantes observaciones son únicamente aplicables á algunos períodos ó reinados: lejos de eso domina su influencia á los siglos que preceden á la Edad Media desde el reinado de Clodoveo hasta el de Hugo Capeto, y en los siglos de la Edad Media desde el reinado de Hugo Capeto hasta el de Francisco I.

El cristianismo hizo cuanto pudo por curar la gangrena de aquellos tiempos bárbaros; pero el espíritu de la religión predominaba al sentido literal de ella; no faltaba adoración en el calvario; pero nadie asistía al sermón de la montaña. El clero se depravó como la multitud. Para penetrar á fondo en el interior de aquella época, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolición* (privilegios concedidos por los reyes); en esos documentos aparecen sin vendas las úlceras de la sociedad. Los concilios son un continuado clamoreo contra la relajación de las costumbres, y un incansable afán de proponer remedio, al paso que en las *Cartas de abolición* se conservan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Las capitulares de Carlomagno y sucesores, están llenas de providencias relativas á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del clérigo Anastasio, encerrado vivo con un cadáver por venganza del obispo Caulin (GREGORIO DE TOURS). En los cánones añadidos al primer concilio de Tours, bajo el episcopado de San Perpeto se lee: «Nos han dicho que algunos clérigos, lo cual es horrible *quod nefas*, establecen posadas en los templos, y que el sitio donde solo deberían resonar oraciones y alabanzas á Dios, retumba con el rumor de los festines, la obscenidad de las palabras y los gritos de las disputas y pendenencias.»

Baronio tan favorable á la corte de Roma, denomina siglo de hierro al siglo X por los desórdenes que veía en el clero. El ilustre y sabio Gherberto, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II, y no siendo mas que arzobispo de Reims, decía: «¡Oh deplorable Roma! Tú diste á nuestros antepasados las luces mas brillantes, y ahora no tienes mas que horribles tinieblas... Hemos visto á Juan Octaviano conspirar en medio de mil prostitutas contra el mismo Othon, á quien había proclamado emperador. Fue derribado, y Leon el neófito le sucedió. Othon tuvo que alejarse de Roma, entró Octaviano y este espulsó á Leon; mandó cortar los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de haber quitado la vida á muchas personas ilustres, perdió antes de mucho tiempo la suya... ¡Habrà quien en vista de esto se atreva á sostener que una tan numerosa cantidad de sacerdotes de Dios, dignos por su vida y méritos de ilustrar al universo, hayan de estar sujetos á tales monstruos, falsos de todo conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

Aun se conserva una sátira de Adalberon, obispo de Laon, bajo la forma de diálogo entre el poeta y el rey Roberto: «Adalberon presenta á los jueces obligados á tener que cubrirse con la capucha, á los obis-

pos despojados de sus bienes y reducidos á tener que empuñar el arado, y las sedes episcopales ocupadas, cuando llegan á estar vacantes, por marineros y pastores de ovejas. Un monge se ha transformado en soldado: su cabeza va cubierta con una gorra de piel de oso: su túnica talar en otros tiempos, ahora es corta y tiene aberturas por detrás y por delante; y de su cinto van colgando un arco, una aljaba, unas tenazas y una espada. No habia en otros tiempos entre los ministros del Señor ni verdugos, ni posaderos, ni pastores de cerdos, ni de machos cabríos, ni se presentaban en los mercados públicos, ni se esmeraban en la pulcritud de sus vestidos.»

Adalberon estendiéndose sobre este particular, observa que el noble y el siervo no están sometidos á una misma ley: pues el primero goza de completa libertad. «El rey toma la defensa de la condicion servil: Esa clase, dice, nada posee sino comprándolo á espensas de un duro trabajo. ¿Quién podrá enumerar las penas, los pasos y las fatigas que el siervo tiene que soportar? Sus lágrimas nunca llegan á agotarse.» Adalberon replica diciendo que la familia del señor se halla dividida en tres clases; la que reza, la que combate y la que trabaja.

El autor de esta sátira habia presenciado el fin de la segunda raza y el principio de la tercera, y habia figurado en las traiciones que tienen lugar al derrocar y renovarse los imperios. Tal vez á pesar de ser obispo, habia tenido íntimas relaciones con Emma, esposa de Lotario; pertenecía á una ilustre familia de Lorena, era discípulo de Ghesberto; no era amigo de frailes, y habia tomado parte en la querrela de los obispos nobles contra los eclesiásticos plebeyos.

Adalberon es como un reflejo de aquella sociedad que conservó ilustración en medio de las oleadas de la barbarie.

No se muestra mucho mas indulgente San Bernardo al tratar de los vicios de su siglo: San Luis no tuvo mas remedio que cerrar los ojos por no ver las prostituciones y desórdenes que reinaban en su ejército. Durante el reinado de Felipe el Hermoso, tuvo que convocarse un concilio espresamente para oponerse al desbordamiento de costumbres. Los prelados y las órdenes mendicantes espusieron en 1531 sus mütuas quejas á Clemente VII en Aviñon. Este pontífice era favorable á los frailes, y apostrofó del modo siguiente á los prelados: «¿Hablares de humildad, vosotros tan vanos y fastuosos en vuestras cabalgaduras y equipajes? ¿Hablares de pobreza vosotros, cuya ambicion no se da por satisfecha con todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré de vuestra castidad?... Aborreceis los mendicantes; les cerrais vuestras puertas y abris vuestras casas á sicofantes y á infames: (*tenonibus et truffatoribus*).»

La simonía era general: los sacerdotes violaban casi todos la regla del celibato, y vivian con mujeres perdidas, con concubinas y amas. Cierta abad de Moreis tenia diez y ocho hijos. En Vizcaya querian que los clérigos tuvieran barraganas (1).

El Petrarca escribia á uno de sus amigos: «Aviñon es un verdadero infierno: una sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, los púlpitos del pontífice y de los cardenales, el aire, la tierra, todo está impregnado de mentira: háblase de la vida futura, del juicio final, de las penas del infierno, y de los gozos del paraíso como de fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de esta opinion, el Petrarca cita escandalosas anécdotas relativas á la disolución de los cardenales. El mismo Petrarca, tan admirado por su casto amor á Laura, estaba rodeado de hijos bastardos. En aquel tiempo tuvo un hijo natural, y de allí á poco una hija, pero aseguró que

(1) Para que no incomodaran á las mujeres de sus vecinos. (Fuero de Vice).

pesar de esas flaquezas nunca amó mas que á Laura (SAGGI).

En un sermón predicado ante el pontífice (año 1634), probó el doctor Nicolás Oresme que el antecristo no debia tardar en aparecer, fundando su opinion en seis razones, deducidas principalmente de la pérdida de la disciplina, orgullo de los prelados, tiranía de los jefes de la Iglesia, y de la aversion á la verdad.

Ciertas rimas que entonces eran muy de moda (*serventes*), no guardaban consideracion alguna ni con los papas, ni con los reyes, ni con los nobles, y hablaban del clero con igual desenfado que los sermones. «Di, pues, señor obispo, ¿no podremos esperar que seas razonable hasta que seas eunuco?—¡Ah!... ¡falso clero, traidor, mentiroso, pérfido, disoluto! San Pedro nunca tuvo rentas, ni palacios, ni dominios: nunca pronunció escumones. Hay eclesiásticos que no brillan mas que por su magnificencia, y casan con sus sobrinos las hijas que han tenido de su querida.» (RAYNODARU *trovadores*).

«Una multitud vil que nunca ha peleado, quita á los nobles sus torres y castillos, el macho cabrío ataca al lobo.»—Nuestro obispo vende en mil sueldos un fétetro á sus amigos difuntos.—«Quien reina es el papa, arrastrándose á los pies del monarca poderoso y abrumando al rey débil.»

Todo el feudalismo abundaba en esas ideas: otro tanto se decia en Inglaterra.

An other abai is therbi  
Fort soth a gret nunnerie.

«Cerca de una abadía se halla situado un convento de monjas al lado de un río de apacible corriente. En los dias de verano las monjas jóvenes se embarcan en ese río, y cuando están lejos del convento, viene el diablo, se acuesta enteramente desnudo en la ribera y se prepara á nadar. Agil, como él solo, arrebató á los frailes jóvenes y vuelve á buscar á las monjas. Enséñales á éstas una oracion. El fraile, bien dispuesto tendrá...» Forzoso es suprimir las indecentes chocharrerías que hay en el original inglés. El *Credo* de Pedro Labador (Peter Powman), es una amarga sátira contra los frailes mendicantes:

I tond in a feture a frere on a benche, etc.

«He encontrado un horrible fraile sentado en un banco, era obeso como un tonel: su rostro se parecia á una vejiga llena de aire ó un saco suspendido entre las dos mejillas y la barba. Todo él era un verdadero pato cebado, cuya carne, fluctuaba como un barro medio líquido.»

Los señores y señoras feudales amaban, cantaban, se divertían, y no siempre sobresalian por su ardiente fe religiosa. El vizconde de Beaucaire amenazaba á su hijo Aucassin con el infierno sino rompía las relaciones con su amiga. El señorito contesta que no le importa nada el cielo, lleno de frailes holgazanes medio desnudos, de clérigos sucios y de ermitaños cubiertos de harapos. Prefiere ir al infierno, donde encontrará poderosos monarcas, paladines y barones en plena sociedad, y mujeres hermosas acompañadas de sus amantes, trovadores y juglares, amigos del vino y la alegría. (LE GRAND D'AUSSE, RAYNODARU, *hist. de Tel. Ang.*; CAPEFIQUE, etc.) Un trovador pide un *Padre nuestro* para que Dios conceda á todos los que amen, como el hijo del castellano de Aupais, el placer que tuvo una noche con Ogina. La señora, condesa de Die, escribió al trovador Rambaud, conde de Orange: «Hermoso amigo mio, ven á ocupar esta noche el puesto de mi marido.» Esta condesa era la que presidia el llamado *tribunal de amor*. Guillermo, conde de Poitiers, fundó en Niost una casa de disolución bajo la forma de un monasterio, cada religiosa ocupaba una celdilla, y hacia votos de placer; la comunidad estaba gobernada por una priora y una abadesa,

y los vasallos del conde fueron invitados á dótar ricamente el monasterio. Habia *mariscales* de prostitutas.

Un conde de Armagnac, Juan V, se casó públicamente con su hermana, y vivió con ella en un castillo muy honrado de toda la Baronia. Los furroses lúbricos del mariscal de Rais son cosa de que todo el mundo tiene noticia.

Aquellos nobles de la gaja ciencia no siempre eran tan corteses y generosos que no se trasformaran alguna vez en salteadores de los pasajeros. Los ciudadanos de Laon pidieron auxilio á Tomás de Coucy, señor del castillo de Marne. Tomás, aunque muy joven todavía, robaba á los pobres y peregrinos que iban ó venian de Jerusalem. A fin de que esos desgraciados no pudieran negarle el dinero que traian, solia colgarlos con sus propias manos, *testiculis appendebat propria aliquoties manu*, GUBERTI, *de vita sua*; el peso del cuerpo dilaceraba la parte por donde estaba colgado, produciendo una abertura que daba salida á los intestinos; otras veces colgaba á sus víctimas de los pulgares, poniéndoles gruesas piedras en los hombros para aumentar el peso de su cuerpo. Entre tanto Tomás solia pasearse por debajo de las hocas, y concluía de matar á palos las víctimas que no tenian dinero ó rehusaban dárselo. Habiendo en cierta ocasion este nuevo caco arrojado un leproso al fondo de una mazmorra, fue asaltado en su guarida por todos los leprosos de la comarca.

Habiéndose presentado un alguacil llamado *Lobo* á notificar al señor de Tournemine, este le hizo cortar la mano derecha diciendo: que nunca se habia arrojado un lobo á su castillo sin tener que dejar una de sus patas clavada en la puerta.

Regnault de Pressigny, señor de Marans cerca de la Rochela, exigidor de rescates de los ciudadanos y salteador de caminos, tenia el bárbaro placer de arrancar un ojo y la barba á todo fraile que por desgracia pasara por sus tierras feudales. Cuando hacia marchar al suplicio á los desgraciados que no querian ó no podian redimirse por la suma que se les exigia, Pressigny acostumbraba, si las víctimas apelaban á la justicia del rey contestarles, haciendo un juego de palabras y diciendo que no tenian razon de quejarse de no morir en regla, supuesto que morian *jure aut injuria*.

La Edad Media presenta un cuadro singular, que al parecer no es mas que el resultado de una imaginación poderosa, pero desarreglada. En la antigüedad cada nacion salia por decirlo así, de su propio origen; un espíritu primitivo, que penetraba en todo, y por todas partes daba homogeneidad á las instituciones y á las costumbres. La sociedad de la Edad Media se compuso de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana y hasta el paganismo, le habian dejado impresiones; el cristianismo le comunicaba sus creencias y solemnidades, y los bárbaros, francos, godos, borgoñones, anglo sajones, daneses y normandos, se habian asociado en ella sin perder las costumbres y el carácter propios de sus respectivas razas. Todos los géneros de propiedad figuraban en ella, todas las especies de leyes se confundian; el alodio, el feudo, las manos muertas, el código, el dígito, y las leyes sálica, gombeta, visigoda y el derecho fual. Todas las formas de libertad y de servidumbre se habian adunado: la libertad monárquica, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del clérigo, la libertad colectiva de las municipalidades, la libertad especial de algunas poblaciones de la magistratura, y de algunos gremios y corporaciones; la libertad representativa de la nacion; la esclavitud romana, la servidumbre bárbara, la del extranjero no naturalizado, etc. De semejante confusion resultaban aquellos espectáculos incoherentes y aquellas costumbres que al parecer estaban en contradic-



cion, y que únicamente se enlazaban por el vínculo de la religión. Podría decirse que unos pueblos distintos que ninguna relación tenían entre sí, se habían convenido únicamente en asociarse bajo un mismo jefe y en derredor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior presentaba entonces la Francia un cuadro más pintoresco y nacional que el que ofrece en la actualidad. A los monumentos edificadas con el sello de la religión y costumbres patrias, se han sustituido por una deplorable exageración de la arquitectura bastarda romana, monumentos que ni están en armonía con el cielo de la Francia, ni son á propósito para las necesidades de sus hijos, fría y servil copia que ha destruido la originalidad del arte patrio, así como la imitación de la lite-

ratura latina ha desvanecido la originalidad del número franco. No es así por cierto como imitaban en la edad media, también los ingenios de aquel tiempo admiraban las obras de los griegos y romanos, y las leían y estudiaban, pero en vez de dejarse dominar de ellas, las arreglaban á su manera, afrancesándolas por decirlo así, y aumentando su belleza con una metamorfosis llena de creación y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas de Occidente no fueron más que templos, cuyo orden de decoración se había invertido: el culto del politeísmo era exterior; su decoración siguió ese mismo orden; el del cristianismo era interior: la forma del templo tuvo que subordinarse al espíritu del culto. Pasaron las columnas del exterior al interior del edificio, como en



REENCUENTRO DE MONTAGU Y DE LOS DOS SOLDADOS ESCOCÉSES.

las basílicas donde los fieles se reunieron al salir de las criptas y las catacumbas. Las dimensiones de la iglesia escudieron también á las del templo pagano, porque la multitud cristiana se reunía bajo la nave de la iglesia, así como los ídolos no hacían más que agolparse bajo el peristilo del templo. Pero cuando los cristianos llegaron á verse en el poder, se desdijeron de usar esa economía, y adornaron también interior y exteriormente sus edificios.

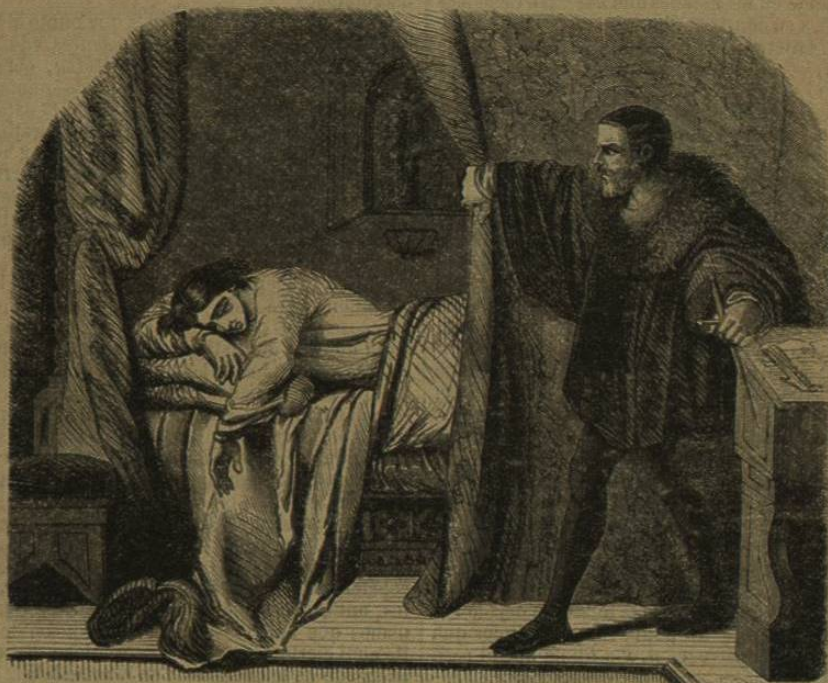
Apareció en el Oriente por un mismo impulso de emancipación del espíritu humano, la arquitectura neo-greca juntamente con el neo-platonismo: era natural que las artes siguieran la marcha de las ideas, y en especial, de las ideas religiosas que siempre han sido las preferentes en todos los pueblos. Los primeros preludios, ó más bien los primeros ensayos, se hicieron notar en los templos de Diana, de Balbek y de Palmira: en seguida se desarrolló en la Siria en los monumentos de Santa Elena, y adoptó el espíritu del cristianismo en Jerusalén cuando el neo-platonismo se

hizo también cristiano en el concilio de Nicea. Justiniano lo hizo reinar construyendo sobre los cimientos de Santa Sofía romana de Constancio, el templo de Santa Sofía neo-greca de Isidoro de Mileto. De allí pasó á Italia, y desplegó su genio en la iglesia octógona de San Vito en Rávena. Carlomagno en el siglo VIII reprodujo en mayor escala ese movimiento en Aix la Chapelle. «Edificó iglesias y conventos en diversos sitios para mayor gloria de Dios y provecho de su alma. Algunas obras de esta clase principiaron, y algunas llevó á cabo. Entre otras fundó la iglesia de Aix la Chapelle, obra maravillosa, en honor de Nuestra Señora Santa María... También principió á construir en diversos parajes palacios costosos por su obra. Uno edificó cerca de la ciudad de Mayenza, en una población que se llama Ingelheim, y otro en aquella ciudad á la orilla del río Vahalam. Se mandó á todos los obispos y párrocos de su reino, restaurar todas las iglesias y conventos que por causa de su vejez se hallasen en mal estado; y á fin de que fuese esta

orden puntualmente obedecida, se comunicó particularmente á cada cuál de los que habían de llevarla á cabo.»

De allí á tres siglos, se presentó por segunda vez en las playas latinas la nueva arquitectura, anunciando su presencia con la edificación de la catedral de Pisa. Hay errores consagrados por la voz del pueblo, á los cuales la ciencia no puede menos de someterse: la arquitectura neo-greca fue llamada en Italia *arquitectura lombarda*, y en Francia *arquitectura gótica*, siendo así, que ni los godos ni los lombardos tuvieron nada que ver con ella. El mismo Teodorico se contentó con imitar ó restaurar las masas del *Forum* y del *Campo de Marte*.

En tanto que la arquitectura neo-greca renegaba por decirlo así, del Partenon abandonado, se apoderaba de los edificios cristianos. É invadía al propio tiempo los del mahometanismo. Los árabes la *orientalizaron* por medio del califa Aroun, y de las *Mil y una noches*, propagaronla por medio de sus conquistas, y á la sombra de sus pendones, vino desde la mezquita del Cairo en Egipto, hasta la de Córdoba, poco más ó menos al mismo tiempo en que los Exarcas de Rávena se introducían en Italia. De manera, que la última hija de la Jonia, se presentó en Europa trayendo en una mano el estandarte de la media luna, y en la otra el lábaro de la redención. La Alhambra de Granada y San Marcos de Venecia, atestiguan la in-



EL CONDE DE FOIX VA Á ASESINAR A SU HIJO.

constancia y maravillas de aquella hija de la Grecia. Nada de órdenes distintos, nada de arquivadas salientes; en vez de pórtico, un portal; en vez de frontón, una fachada; en vez de friso, cornisa y entablamento, una balaustrada.

Por último, con el siglo XIII, empezó á brillar la arquitectura de arcos ojivos, que se propagó singularmente en los países de la dominación franca, sajona y germánica, porque al otro lado de los Pirineos y los Alpes, tropezó con las preocupaciones y las obras maestras de la arquitectura muzárabe, de estilo bastardo romano, y el primitivo dórico de la Grecia. La arquitectura de arcos ojivos, fue una conquista de los cruzados de Felipe Augusto y San Luis. A la columna recortada, á las gruesas columnas de historiados capiteles, sucedieron las delgadas y largas columnas unidas en forma de haz, ramificadas en su extremidad superior, esparciendo y proyectando en el aire sus delicados miembros como si fueran á servir de débil armazón á los caballetes del techo. A los arcos redondos, á las curvas en forma de asa de canastillo, sustituyeron los arcos ojivos, tal vez de origen persa,

y modelados con arreglo al contorno de la hoja del moral de la India, si es que no debe atribuirse á la simple concepción de algún buen diseñador. No se entiende por eso, que el arco ojivo se separa tan absolutamente del estilo neo-greco, que no se reproduzca en él con otros cien rasgos.

El círculo, figura geométrica, exacta: no deja nada al capricho de la arbitrariedad; por el contrario la elipse, se encorva ó aproxima á la recta, prestándose flexiblemente al gusto de quien la emplea: al arco ojivo, cuya clave no es más que el punto de reunión de las dos elipses de un triángulo curvilíneo, puede ensancharse ó contraerse desde el menor hasta el mayor diámetro, abriendo por esta circunstancia inmenso campo al capricho del artista, con lo cual se explica la variedad del orden gótico. No hay dos monumentos de este género que se parezcan entre sí, ni hay detalle en ninguno de ellos que deba ser indispensablemente simétrico; hasta las partes de adorno están generalmente calculadas de manera que no produzcan su efecto natural: pequeñas estatuas metidas en nichos, ó en las molduras concéntricas de las puertas, están co-



locadas de modo, que mas bien se las podría tomar por arabescos, volutas, espirales y artrágalos, que por creaciones de la estatuaria.

Al imitar las construcciones sarracenas, los arquitectos cristianos las elevaron dándoles mayor extensión, construyeron mezquitas sobre mezquitas, columnas sobre columnas, galerías sobre galerías: pusieron apéndices á manera de alas á los dos lados del coro, y capillas en aquellos apéndices.

Vióse la línea recta sustituida en todas partes por la espiral; en vez de un techo plano ó arqueado, edificaron una bóveda estrecha cerrada en forma de fero ó de carena de un navío: las torres nuevamente construidas, sobrepujaron en altura á los miranetes.

La cristiandad edificada á espensas comunes ó por medio de cuestaciones y limosnas, esas catedrales, particularmente en los Estados que carecían de fondos para atender á su construcción, que en ninguna parte llegó á estar enteramente concluida. En aquellos vastos y misteriosos edificios, se grababan en hueco ó de relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, los vestidos y los vasos sacerdotales. Las banderas, las cruces diversamente adornadas, los cálices, los incensarios, las capas, los paliós, los cayados y las mitras, cuyas formas se avienen con el estilo gótico, conservaban los símbolos del culto, produciendo inesperados efectos artísticos. No pocas veces las goteras de estos edificios piadosos, representaban animales monstruosos, demonios y frailes en actitudes poco decorosas. Ofrecía esta arquitectura de la edad media, una combinación de trágico y grotesco, y de gracioso y titánico como la literatura de la misma época.

Las plantas de nuestro territorio, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina, condecoraban las iglesias, como el acanto y la palmera habían embellecido los templos en la época de Pericles. En lo interior, la catedral era á manera de un bosque, un laberinto, cuyos mil arcos á cada moviendo del espectador, se separaban, cortaban y enlazaban bajo nuevas y caprichosas formas: este bosque estaba iluminado por grandes rosetones incrustados de vidrios de colores, que parecían soles brillando con mil colores bajo la enramada. En lo exterior, esa misma catedral se parecía á un edificio, al que le hubieran dejado sin quitar todo el aparato de puntales y andamios que sirvieron para su construcción, y á fin de que al paso que sostenían la aérea nave no desfiguraran su estructura, se les había dado un gracioso recorte: nada se veía mas que arcos, puentes, pirámides, agujas y estatuas.

Las partes de adorno que no eran esenciales al edificio, armonizaban con el estilo general: las tumbas eran de forma gótica, y la basilica que se elevaba sobre ellas como un inmenso catafalco, parecía estar modelada bajo su misma forma. Todavía se admira en Auch, uno de esos coros de madera de encina tan comunes en los conventos, y construidos con arreglo al gusto de la arquitectura del edificio. Todas las artes plásticas participaban de aquel gusto florido y compuesto, y hasta en las paredes y en los vidrios de los rosetones se veían pintados paisajes y escenas de la religión y de la historia nacional.

En los palacios, los escudos de armas iluminados, incrustados en losangas de oro, formaban techos artesonados, parecidos á los de los hermosos palacios de los cinco siglos en Italia. Hasta la forma de la letra puede decirse que era dibujada: el geroglífico germánico había sustituido á los trazos rectilíneos romanos, y estaba en consonancia con los escudos de armas y con los monumentos sepulcrales. Los torreones aislados que servían de vigías en las alturas, las fortalezas encerradas dentro de espesos bosques ó suspendidas en la cima de las rocas como nidos de águilas; los puentes puntiagudos y estrechos, atrevidamente proyecta-

dos entre torrentes; las ciudades amuralladas que se encontraban á cada paso, y cuyas almenas servían á un mismo tiempo de fortificación y de adorno; las capillas, oratorios y ermitas, colocadas en los sitios mas pintorescos al borde de los caminos y de los rios, los campanarios, las veletas de las iglesias de las aldeas, las abadías y los conventos; todos esos edificios que ya no encontramos sino muy rara vez, y cuyos cincelados muros, han sido ennegrecidos, obstruidos y medio derribados por el tiempo; todos esos edificios brillaban entonces con el esplendor de la juventud, y acababan de salir de manos del artífice. La vista no perdía en la blancura de sus paredes ni el mas pequeño detalle, ni la elegancia de sus líneas entretreídas, ni la variedad de sus cinceladuras, ni de sus recortes ni de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

¿Deseará alguno saber hasta que punto el territorio francés estaba cubierto de semejantes edificios? Los treinta tomos de la *Gallia christiana*, obra que no está concluida, hacen mención de quinientos monasterios ó fundaciones monásticas. El catálogo general presenta un conjunto de 30,419 curatos, 18,537 capillas, 420 cabildos con iglesia, 2,772 prioratos, 931 hospitales para leprosos: es de advertir, que el catálogo á que nos referimos, no está completo. Jacobo Cœud, contaba un millón setecientos mil campanarios en Francia, y la *Sátira menipea* reproduce el mismo cálculo.

No hay exageración en suponer un castillo grande ó pequeño para cada doce campanarios. Todo señor que poseía tres castellanías y una población cerrada, tenía derecho de justicia, y llegó á haber en Francia setenta mil feudos ó alodios, de los cuales, había tres mil que eran titulados. Por un cálculo medio, pueden suponerse en esos setenta mil feudos siete mil señorios, con derecho de justicia, y por consiguiente, igual número de poblaciones cerradas ó fortificadas: por lo tanto, la suma aproximativa de los monumentos (inclusas capillas, ciudades, castillos, etc.), sería un millón ochocientos setenta y dos mil novecientos veintiseis, sin hablar de las basílicas, de los conventos encerrados en las ciudades, palacios reales y episcopales, casas consistoriales, mercados públicos, puentes, anfiteatros, fuentes, acueductos y templos romanos que aun existían en el Mediodía de Francia. Hé aquí ciertamente un territorio bien distintamente adornado de lo que lo está en la actualidad. La arquitectura religiosa, civil y militar, gótica, terminaba en pirámides, y atraía desde lejos todas las miradas: la arquitectura moderna civil y la militar, apropiada al uso de las nuevas armas, lo ha arrasado todo: nuestros monumentos se han rebajado y puesto, por decirlo así, á nivel de nuestra altura.

¿Dejará nuestra época tan multiplicados testigos de su tránsito, como el tiempo de nuestros padres? ¿Quién edificará actualmente templos y palacios en todos los ángulos de Francia? No tenemos ya la monarquía de la raza, la aristocracia hereditaria, las grandes corporaciones políticas y mercantiles, la gran propiedad territorial, ni la fe que ha removido tantas piedras. Una libertad de industria y de razón, no puede construir mas que bolsas, almacenes, manufacturas, bazares, cafés y pequeñas casas de campo; en los campos, casas económicas; en las campiñas, chozas y en todas partes mezquinos sepulcros. Cuando de aquí á cinco ó seis siglos, la filosofía y la religión saldaran cuentas, cuando harán el balance de los días que les han pertenecido, y podrán la una y la otra redactar el catálogo de sus ruinas, ¿hácia qué lado se inclinará una parte mas ámplia de la vida pasada, el total mas considerable de recuerdos?

La población puesta en movimiento alrededor de los edificios de la edad media está descrita en las crónicas, y pintada materialmente en las viñetas: su nú-

mero era casi igual al de la época presente. Según datos cuyas pruebas no me es posible insertar en un análisis, calculo que la superficie del territorio francés tal como existe en la actualidad, estaba cubierta por 25,000,000 de hombres: este número se deduce del rol de las contribuciones, del empadronamiento de los habitantes, de las ciudades, y del número de hombres que las municipalidades tenían que suministrar para el servicio de las armas.

El país estaba rico y bien cultivado: así por lo menos lo demuestran la inmensidad y variedad de las contribuciones reales y señoriales que he indicado en otro lugar sumariamente.

Cuando Eduardo III volvió á Inglaterra despues de haber tributado homenaje á Felipe de Valois, dicen las crónicas que la reina Felipa de Hainaut lo recibió muy alegremente, y le pidió noticias del rey Felipe, su tío y de su ilustre linaje de Francia: su marido le dió bastantes noticias del brillante estado en que se hallaba aquel país y de los honores que había recibido, honores que ninguna otra nación podía intentar de llevar á cabo. Es muy cierto que la guerra, cuando no estermina completamente los pueblos, los multiplica; que influye sobre las instituciones mas que sobre los hombres, y cierto es tambien que el feudalismo, que debió su origen y su poder á la guerra, fue por último derrocado por ella bajo los reinados de Felipe de Valois, de los reyes Juan, Carlos V. Carlos VI y Carlos VII.

Las diversas clases de la sociedad, y las distintas provincias de la edad media se distinguan por la forma de sus vestidos y por las modas locales: no se veía en las poblaciones esa uniformidad de trajes que hoy se observa en todas partes. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las órdenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los eremitanos, las cofradías, los artesanos, los ciudadanos y los labradores, presentaban una variedad infinita de trajes, como en pequeño puede todavía verse en Italia. Sobre este particular es preciso atenerse á las artes: ¿de que puede servirle á un pintor nuestro angosto vestido, nuestro sombrero redondo ó nuestro tricorneo?

Desde el siglo XII al XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaron la chaqueta, ó casaca gris sujeta sobre las caderas por medio de un cinturón. El sayo de piel ó *samarra* era común á todos los estados. La pellica forrada y un ropón largo á lo oriental, cubrían al caballero cuando no vestía la armadura: las mangas de ese ropón tapaban las manos, y era bastante parecido al *caftan* que hoy usan los turcos: una toca adornada de plumas, la capucha ó el capirote hacían veces de turbante. Del ropón ancho se pasó al vestido estrecho, y luego volvieron á usar otra vez el ropón adornado en el tiempo de Carlos V con el escudo de armas. Los calzones por lo cortos y angostos (no llegaban mas que á medio muslo) eran indecentes: las medias se usaban de distinto color en cada pierna: el chaqueton era mitad blanco y mitad negro, y el capirote mitad rojo, mitad azul. «Y eran tan angostos sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecía sino que la piel del cuerpo se había de marchar con ellos; algunos llevaban sus túnicas de modo que abultaran sobre las caderas como las mujeres, á esto hay que añadir que llevaban menudamente festoneada toda la orla del capirote, y una pierna del calzon de un color y otra de otro; de manera que con esto y con llegar las alas de la toca y las bocas de las mangas hasta el suelo, parecían juglares mas bien que personas formales. No hay pues que maravillarse de que Dios tratara de corregir los extravíos de los franceses por medio de una calamidad.» Odioso es sin duda ostentar lujo en medio de la miseria pública; pero no hay que olvidarse que la afición á engalanarse predominó en el pueblo francés hasta cuando andaba errante por

los incultos bosques de la Germania. Un francés se viste de gala para subir, al patíbulo ó para venir á las manos con su enemigo, y lo que puede hacer en algún modo escusable esta rara manía, es que no tiene mas apego á la vida que á su vestido.

En los días de ceremonia acostumbraban envolverse en una capa á veces corta y á veces larga. La de Ricardo I, era de una tela rayada y adornada de globos y medias lunas de plata, á imitación del sistema celeste (VINISAU). Uno y otro sexo usaban igualmente del adorno de collares y pendientes.

Los zapatos puntiagudos y retorcidos (*à la pulaine*) fueron de moda durante mucho tiempo. La parte que cubría el pie estaba cortada en forma de ventana de iglesia: los nobles llegaron á gastar esta clase de zapatos de dos pies de largura, y adornada la punta con grifos, cuernos y figuras grotescas: de manera que fue imposible poder andar con ellos, y tuvieron que sostener la punta atándola á la rodilla con una cadena de oro ó plata. Los obispos lanzaron escomunion contra esa moda, y la trataron de *pecado contra natura*. Carlo V, la declaró *contraria á las buenas costumbres, é inventada por befa al Criador*. En Inglaterra espidió el Parlamento un decreto prohibiendo á los zapateros hacer calzado, cuya punta pasara de dos pulgadas de largo. A los zapatos reemplazaron las buechucas cuadradas. Las modas variaban en aquel tiempo tanto como en el nuestro: el caballero ó la señora que inventaban una nueva moda ó capricho (*haligote*) adquirían cierta celebridad: el que inventó los zapatos á *la poulaine*, era un caballero llamado Roberto, el Cornudo. (W. MAMLSBURY.)

Las nobles señoras gastaban una tela finísima de lino sobre el cutis, y sobre ella túnicas largas adornadas á la derecha con el escudo de armas de su marido, y á la izquierda con el de su familia. Unas veces llevaban el cabello corto y alisado sobre la frente, cubriéndose la cabeza con un sombrerillo entretreído de cintas, y otras se adornaban con un peinado en forma de pirámide de toda la altura posible, suspendiendo de ella plumas, velos ó girones de seda que á veces llegaban hasta el suelo y ondeaban á merced del viento. En tiempo de la reina Isabel hubo que dar mas elevación á las puertas de los aposentos á fin de que no obstruyeran el paso de las señoras. (MONSTRELET). Esos peinados estaban sostenidos por dos cuernos retorcidos que venían á ser como el armazon del edificio, descendiendo de la estremidad del de la derecha un ligero tejido que la señora dejaba flotar, ó bien recogiendo en el brazo derecho formaba sobre su seno una especie de honda. Una mujer vestida de todo lujo ostentaba collares, brazaletes y sortijas: de su cintura recamada de oro y piedras preciosas colgaba una escarcela bordada: si se ofrecía ocasion manejaba con soltura un corcel, y generalmente se presentaba con un baston de la mano y un alcon en la muñeca. ¿Qué podrá haber mas ridículo, dice el Petrarca en una carta dirigida (1366) al Papa, «que ver hombres muy ceñidos de cintura con largos zapatos puntiagudos, con tocas recargadas de plumas, con trenzas de cabellos colgando de aquí allí como cola de animal, prendidas sobre la frente con alfileres de cabeza de marfil? Pedro de Blois añade que fue moda el hablar con afectación ¿y en que idioma? en el idioma de Walace y de la novela, de Rou de Ville-Hardouin, de Joinville y de Trouart.

Increible parece el lujo que se desplegó en los vestidos en las diversiones públicas, y nosotros no pasamos de ser una gente mezquina comparados con aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo llegaron á verse mil caballeros vestidos uniformemente con un traje de seda llamado *cointise*, y al día siguiente se presentaron con otro vestido nuevo y no menos magnífico (MATHIEU PARIS). Uno de los vestidos de Ricardo II, rey de Inglaterra, le costó treinta mil



marcos de plata (KNIGHTON). Juan Arundel llegó á tener cincuenta y dos trages completos de t'sú de oro. (HOLLINGSHEAD CHIRON.)

En otro torneo desfilaron primeramente sesenta arrogantes caballos magníficamente enjaezados, conducido cada cual por un escudero de honor, y precedidos de trompetas y músicos: en su guía se presentaron sesenta señoritas espléndidamente vestidas, cabalgando en magníficos corceles, y llevando cada cual atado á una cadena de plata un caballero armado de todas armas. El baile y la música formaba parte de esos *bondors* (regocijos). El rey, los prelados, los barones y los caballeros bailaban no pocas veces al son de la gaita, de las bandurrias y los tramboriles.

En las pascuas de Natividad se hacían grandes mascaradas y mogigangas. El desgraciado Carlos VI, disfrazado de salvaje y envuelto en una tela impregnada de pez, estuvo muy cerca de ser víctima de una de esas locuras: cuatro caballeros que llevaban el mismo traje quedaron reducidos en ceniza.

Por todas partes se fue despertando la afición á las funciones teatrales. En Inglaterra los comerciantes de paños representaron la Creación del mundo; Adán y Eva se presentaron enteramente desnudos. Los tintoreros representaron el Diluvio: la mujer de Noé, rehusando entrar en el arca daba un bofetón á su marido. (*Hist. de la poesía angl.* WHARTON.)

Los juegos de pelota, del mallo, de los bolos y de los dados traían distraído á todo el mundo. Eduardo II dejó por pagar una partida de cinco chelines á su escudero que se los había prestado para jugar á cara ó cruz.

La caza era la gran diversión de la nobleza. Sabido es que los galos criaban perros útiles para la guerra, y que los coronaban de flores. La caza con redes era considerada como únicamente digna del pueblo. Las cacerías reales costaban tanto como un torneo: una de ellas tiene triste relación con la historia de Francia.

El príncipe Negro había bajado á Inglaterra llevando en su compañía al rey Juan prisionero. Eduardo había mandado preparar en Londres un recibimiento magnífico, como habría podido hacerse en obsequio de un poderoso monarca que hubiera venido á visitarle. El mismo Eduardo al frente de los príncipes de su familia, de sus próceres, de sus caballeros, de sus cazadores, alconeros, pages, dignatarios de la corona, heraldos de armas, y caballeros se puso al frente de una espléndida cacería en un bosque inmediato al camino por donde debía pasar el rey cautivo.

Así que los exploradores le dieron aviso de que ya el rey Juan estaba cerca, avanzó hacia él, se descubrió la cabeza y saludando á su desgraciado huésped le dijo: «Sea mi amado primo bien venido á la isla de Inglaterra.» Juan descubriéndose igualmente la cabeza, devolvió á Eduardo su afectuoso saludo. «El rey de Inglaterra recibió al de Francia, según dicen las crónicas, muy honorífica y reverentemente, invitándole á cazar y á tomar parte en todas sus diversiones.» Pero el monarca cautivo rehusó con cortés gravedad aquellos ofrecimientos, por lo cual Eduardo saludándolo nuevamente le dijo: «¡Adios, querido primo!» y se volvió á meter en el bosque haciendo sonar las trompas de caza. Poco podía consolar al rey Juan esta generosidad algo faustuosa: pues al ponerse de relieve la prosperidad de un monarca, necesariamente debía sobesalir demasiado la miseria del otro.

Anunciábase el momento de comer en casa de los nobles por medio de una trompeta; de lo cual provino sin duda la espresión de tocar al agua (*corner l'eau*), por la razón de que antes de sentarse á la mesa solían lavarse las manos. Comían á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos unas veces altos y otras bajos, y la altura de la mesa se acomodaba á la de estos. Del banco ha pro-

venido la palabra *banquete*. Usábanse mesas de oro y de plata cinceladas: las de madera se cubrían con manteles dobles, llamados *doubliers*, y plegábanlos como río, cuyas ondas el fresco viento encrespa suavemente. Las servilletas son de origen mucho más moderno. Los tenedores, no conocidos entre los romanos, tampoco fueron usados entre los franceses hasta fines del siglo XIV; no se hace mención de ellos hasta el reinado de Carlos V.

Usaban de los mismos manjares que los que se comen actualmente, pero empleaban en su confección refinamientos que nos son desconocidos; en este particular puede decirse que la civilización romana no había perecido. Entre los manjares considerados en aquel tiempo como muy deliciosos vemos que se hace mención del *dellegroul*, el *maupigyrnum* y el *karum pie*. ¿Qué significarían estos nombres? Servíanse en la mesa pastas de formas obscenas cuyos nombres recordaban los objetos á que aludían. Los eclesiásticos, y las señoras daban á esas groserías (1) un colorido de inocencia por la impúdica ingenuidad con que hablaban de ellas. El idioma se hallaba aun, así si puede decirse en completa desnudez: las traducciones de la Biblia hechas en aquellos tiempos están tan poco veladas, y son más incidentes que el texto. La *instrucción del caballero Gofredo Latour-Ladry á sus hijas* da una idea de la libertad de la enseñanza y de las palabras.

Hacíase mucho uso de cerveza, de cidra y de vino de todas clases. Del segundo de estos tres líquidos se hace mención en tiempos de la segunda raza. El elarrete era un vino clarificado y mezclado con especias, y le daban el nombre de hipocrás cuando lo dulcificaban con miel. En 1310 se reunieron en un festín dado por cierto abad, seis mil convidados á quienes se sirvieron tres mil platos.

Los banquetes reales presentaban intermedios. En el festín que Carlos V dió al emperador Carlos IV, figuró un buque movido por resortes secretos, y en su cubierta se veía á Godofredo de Bouillon rodeado de sus caballeros. En otro de los intermedios apareció la ciudad de Jerusalem con sus murallas coronadas de sarracenos; los cristianos desembarcaron, arrimaron las escalas á los muros y lo tomaron por asalto.

Froissart nos hace una viva pintura de un banquete dado por cierto poderoso barón de su siglo.

«En esta época á que me refiero, dice el autor que acabo de citar, el conde de Foix vivía aun. Cuando á media noche pasaba desde su cámara al salón para cenar, iba precedido de doce criados que llevaban doce hachones encendidos, y permanecían con ellos alrededor de la mesa dando gran claridad á la sala que siempre estaba llena de caballeros y escuderos, y con mesas servidas para cuantos quisieran tomar asiento. Nadie hablaba al conde si éste no le dirigía primero la palabra. Su comida de costumbre eran aves, y por lo regular solamente los muslos y las alas: era también muy parco en la bebida. Divertíase sobremanera con la música, como muy inteligente en la materia, y se complacía en que sus dependientes le ejecutaran en presencia suya. Duraba la cena un par de horas, y aunque en ella se servían manjares raros, se contentaba con verlos y los hacia pasar á las otras mesas.

En una palabra, yo había estado anteriormente en muchas cortes de reyes, duques, príncipes, condes é ilustres señores, pero nunca había visto otra que

(1) *Alias funguntoblonga figura, alias spherica et orbiculari, alias triangula quadrangulaque; quedam ventriculæ sunt: quedam pudenda muliebria, alia virilia (si diis placet) representant: adeo degenerare boni mores ut etiam christianis obscena et pudenda in cibis placeant. Sunt enim quos... saccharatos appellant. (De re cibaria: Yo, Bruyerino Campegio Lugdunensi autore, lib. VI, cap. VII, pág. 102, prima editio. Lugdani, 1360.*

me gustara más, ni que estuviera en el caso de ser más divertida que la del conde de Foix: A todas horas se veían circular por las cámaras y salones caballeros y escuderos de honor, y se les oía hablar de armas y de amores. Toda clase de honor se hallaba concentrado en aquel recinto, y en él se podían adquirir noticias de todos los reinos, pues la alta importancia del conde le hacia estar en relaciones con todos los países.»

No faltaba sin embargo una horrible mancha que empañaba la galantería de este conde tan celebrado, ¡con sus propias manos había dado muerte al único hijo que tenía Oigamos á Froissart: «El conde se irritó y sin hablar una palabra salió de su aposento y se dirigió á la prisión de su hijo: desgraciadamente llevaba encima un pequeño cuchillo de hoja larga y puntiaguda, con el cual se solía cortar y limpiar las uñas. Mandó abrir la puerta de la prisión, y se acercó á su hijo teniendo el cuchillo cogido de tal manera, que la afilada punta no sobresalía de la largura de los dedos más que un par de líneas escasas. Quiso la mala suerte que al tocar con esta mano la garganta de su hijo, le rasgó con la punta una de las venas. El conde después de haber dicho al hijo: «Traidor, por qué no comes?» se volvió á marchar á sus aposentos después de haber cerrado la prisión. Entre tanto el niño atemorizado con la inesperada visita de su padre, y debilitado por los continuos ayunos no hizo caso de la leve picadura que había sentido en el cuello dió una vuelta en la cama, y sin duda perdió la vida durante el sueño.

Trabajo le cuesta á Froissart el escusar semejante crimen de su huésped, y no consigue más que formar un patético cuadro.

Ya se habían tenido que promulgar leyes suntuarias acerca de las comidas, fijando el número de platos (cuatro) que habían de servirse en la mesa de los ricos, á excepción de los prelados y barones que podían comer cuanto les acomodara. No se permitía á los comerciantes y artesanos comer carne más que una sola vez al día, y en las demás debían de alimentarse con leche, manteca y legumbres.

La Cuaresma, á pesar del excesivo rigor con que se mandaba observar no impedía que algunas personas hiciesen comidas clandestinas. Cierta mujer después de haber ido en una procesion con los pies desnudos, y haber hecho en grande la llorona, se fué la hipócrita á comer un cuarto de cordero y buenas lonjas de jamon con su amante. El olor de estos manjares llegó á la calle; no faltó quien subió á la casa y se enteró de aquel nuevo género de penitencia. Prendieron á la taimada, y la condenaron á pasearse por la ciudad con el cuarto de cordero á la espalda y el jamon colgando del cuello. (BRANTOME.)

Los viajeros encontraban posadas por todas partes. Maese Juan Froissart va con su amigo Espaing de Lyon de posada en posada preguntando la historia de los castillos que se ven á lo largo del camino, y su buen compañero se la va refiriendo. «Vimos la ciudad de Tartes y estuvimos muy bien alojados en la posada de la Estrella todo un día, por ser un punto muy á propósito para los caballos por sus buenos pastos, y abundantes aguas... Luego pasamos á Orthez: El caballero se apeó en su casa, y yo en la posada de la Luna.»

Por los caminos se encontraban carros ó literas, mulas, palafrenes, y algunas veces coches tirados por bueyes: las ruedas de los carros eran á lo antiguo. Los caminos se distinguían en caminos de peage (*peageur*) y en senderos: la anchura de ambos estaba determinado por la ley, debiendo ser de 14 pies los primeros (M. S. S. SANTA PELAYA); los otros podían estar sombreados; pero era preciso entresacar los árboles de las márgenes de los caminos reales, exceptuando los llamados *árboles de sombra*, (*capitulares*).

El sistema feudal creó esa multitud de caminos de travesía que surcan el suelo de la Francia.

Usábanse generalmente los baños calientes, y eran designados con el nombre de estufas: esa costumbre era por decirlo así, una herencia de los romanos, y no se perdió hasta en la época en que bajo la monarquía absoluta la nación llegó á ser sucia. Ya hemos dicho que en tiempo de Felipe Augusto se oía continuamente gritar por las calles de París:

¡Habrá quien quiera bañarse!  
Pues entre aquí sin pararse,  
No crean que es engaño;  
Ahora está caliente el baño.

Aquella fue la época verdaderamente maravillosa en todos conceptos; el clérigo, el monge, el peregrino, el caballero y el trovador, tenían á todas horas aventuras que decir ó celebrar. Sentada la familia por la noche en bancos alrededor del hogar, prestaba atento oído al romance de Lanzarote del Lago, á la historia lamentable del señor de Caucy, ó á los sucesos no tan tristes de la reina Piedoca, «de anchas patas como las tienen los gansos, y como en otro tiempo las (*patas*), paseaba por Tolosa la reina Piedoca.» (RABELAIS): ó á la historia del famoso cuentista *Papa-moscas*, que fue muerto en el vientre de una gorrina negra. (FROISSART.)

La hermosa Melusina estaba condenada á ser culebra de medio cuerpo abajo todos los sábados, y bruja los demás días de la semana hasta que se presentara un caballero que consintiera en darle la mano de esposo, renunciando á verla los sábados. Habiendo Raimundo de Forez encontrando á Melusina en un bosque se casó con ella, y tuvo varios hijos, entre otros un niño que tenía un ojo encarnado y otro azul. Melusina edificó el castillo de Lusignan; pero no pudo impedir que á su esposo le acometieran deseos de verla un sábado durante su transformación en medio culebra; se escapó volando, y seguirá siendo bruja hasta el día del juicio final. Cuando la casa solar de Lusignan cambia de dueño, ó cuando ha de morir algún individuo de la familia señorial, Melusina aparece por tres días seguidos en los torreones del castillo dando dolorosos gritos. Tales eran la Psiquis de la edad media, y aquel castillo de Lusignan que Carlos V admiró, y de cuya ruina se lamenta Brantome.

Entre esos cuentos llamaban también la atención las sátiras del trovador contra algún desleal caballero, ó la vida de algún piadoso personaje. Esas vidas de santas recogidas por los Bolandos, no carecen de rasgos de imaginación no menos brillantes que las narraciones profanas; no faltan en ellas encantamientos, travesuras de duendes, esclavos redimidos, ataques de salteadores, viajeros extraviados que se enamoran de la hija del huésped que los alberga, y se casan con ella (*San Máximo*); luces que durante la noche revelan la tumba de alguna virgen en medio de los bosques y castillos que aparecen súbitamente iluminados (*San Vivencio, Mauro y Brista*).

San Deicola se había extraviado en un monte, encontró á un pastor y le rogó le dijera dónde hallaría alguna habitación en que poder recogerse. «No sé de ninguna, dijo el pastor, no siendo cierta casa situada en un paraje regado por frescos raudales en los dominios del poderoso vasallo Weissart.»—«¿Podrías tú conducirme á esa casa?—No me es posible, replicó el pastor, porque no puedo abandonar el rebaño.» San Deicola clavó su báculo en tierra, y cuando el pastor volvió de acompañar al Santo, encontró á su rebaño tranquilamente agrupado alrededor del bastón milagroso. Weissart, hombre de feroces intenciones, amenazó á Deicola diciéndole que mandaría mutilarlo; pero Bertilde, esposa de aquel poco hospitalario caballero, profesaba mucho respeto á los sacerdotes de Dios. Deicola logró por fin poder entrar en la fortale-



za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa, el santo varon les dá las gracias, y la cuega de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (BOLAN., tomo II, pág. 202).

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, sería acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusión. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro común y en un mismo momento: no había unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevación de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fé figuraban simultáneamente. Los galos y las galas, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amos*, se vestían de pieles durante el estío, y se arribaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. «Muchos de ellos quedaron enteramente arrecidos de frio al lado de sus amigas, »contándoles y oyendo contar á ellas historietas de sus «amores (1)» En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí después de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitución general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos excesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de 40 sueldos. Los franciscanos habían renunciado á toda propiedad: ¿era propiedad el pan que diariamente comían? Si lo es, decían los frailes de otra orden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestión dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fue conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un extremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podía ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *girógavos* ó errantes iban á pie ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevían á reprender, ó ahogados por mandado de algún príncipe, contra cuya tiranía habían hecho tronar su poderosa voz. Había nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Había tribunales de amor en donde se discutían asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales había canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando

(1) LATOUR, hist. del Poitu; SANTA-PELAYA. Mem. sobre la antig. cab. part. V. pág. 387 en las notas.

fiestas patronales en que los santos del paraíso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos, misas sacrilegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pavo real ó de un alcon de llevar á cabo algún hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mutuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevericador sustituyendo al homicida rico sentenciado con algún preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo había de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusión, para último contraste se le debe añadir la antigua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que continuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religión y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban éstos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descendían á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenían siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalén libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginación de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de bafa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que marchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al ingenio, bien por la soledad con que los claustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien prefería estudiar en el gran libro de la sociedad. No había un solo punto en el reino donde incessantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, gravitaba en su órbita y tenía sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variación de costumbres. Este orden de cosas, estremadamente dañoso á la civilización general, imprimió extraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha te-

nido tanta expansión la vida del individuo; el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino, el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para estender su comercio. En ningún ramo había que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se había aun gastado y en todo había fé, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte

espera la salida del día, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre lo porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasión y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habían llevado en su fecundo seno.

## HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de antipático ni violento se había revelado en las contiendas que habían ocurrido entre Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares; faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habían conseguido espulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés; el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños; sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nación no es mercancia de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de partición de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervicero, no faltó nada mas que la firma de Duguesclin.

El mal que hace un injusto enemigo, redundaba en provecho de la nación oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia; los primeros síntomas de emancipación nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan, las *Grandes compañías* y la *Jaquería* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de la independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento á conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano sería pretender abrumarlas con cadenas, pues por último, gastarían los hierros de su prisión y estallarían tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad como iba tomando in-

cremento, crecía también el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelación como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formación de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente, casi podría decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilización, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crecy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

### SUMARIO.

La viuda de Carlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres de la corona á Felipe de Valois.—Examen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administración de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se había casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dánse á Felipe la Champagne y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagración del rey.—Dásele á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos; su historia.—Victoria de Cassel.—Intimasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones seculares y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para la Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de Cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tía la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brabant.—Rehusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpetuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretestos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.